



Alfonso sexto en destierro.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

1071.—1085.

I.

¡Cuán hermosa era la tarde!
 ¡El sol bajaba á su ocaso
 derramando rayos de oro
 sobre las aguas del Tajo;
 y en hermosa lontananza,
 sobre encrespado peñasco,
 á Toledo se veía
 con sus moriscos palacios,
 sus torres filigranadas,
 y sus mezquitas de mármol
 con gigantes alminares
 hasta el cielo levantando
 la soberbia media luna,
 como reto audaz lanzado

por el furor del Koran,
 al Dios de los castellanos!
 Del Tajo en la verde orilla,
 en un delicioso campo,
 holgando el emir Mamum
 estaba con sus privados.
 Cabe aquel y sobre el césped,
 reclinado al pié de un árbol
 dormitaba al parecer,
 un caballero cristiano.
 Era de gentil figura,
 y de su rostro los rasgos,
 severos y hermosos eran
 cual los de Páris juzgando.
 Quizá su mente agitaba
 pensamiento agigantado,
 hecho de esplendor y gloria

que á ser llegó en breve plazo
timbre de su eterno nombre
y de su heroismo el faro.
—¿Quién era el tal caballero?
—Era un hijo de Fernando,
aquel que reinó en Castilla
con sobre nombre de Magno:
don Alfonso de Leon
en Golpejar derrotado,
sus dominios defendiendo
de la ambicion de don Sancho,
que era de Castilla rey,
y azote de sus hermanos.
Don Alfonso, que perdidas
en aquel encuentro aciago
su reino y su libertad,
perdiera en un triste claustro
tal vez la vida tambien,
si el arrojo temerario
de Ansurez, no le sacara,
imposibles superando,
de aquel sepulcro do en vida
le enterrara el castellano.
Llevóle de allí una noche,
y le puso á buen recaudo
en la ciudad de Toledo
córte del noble, y muy sabio,
y generoso Mamum
prez del nombre mahometano.
Recibióle el buen emir
estrechándole en sus brazos,
que los nobles pechos, siempre
dan el bien sin meditarlo.
Y hubo en el Zoco torneos,
y zambras hubo en palacio,
y dulzainas y añafles
por las calles, obsequiando
de este modo, al triste Alfonso,
los musulimes toledanos.
Así de Alfonso las horas
en el destierro pasaron
hasta el dia que le vemos
dormido bajo del árbol.
Recreábase Mamum
á Toledo contemplando
fortaleza inespugnable
del imperio mahometano,
y exclamó orgulloso:—¡Vedla!
¡Su aspecto infunde entusiasmo!
—¡Alah solo, nadie más,

Medina, tiene en sus manos,
el poder de conquistarte,
el hombre no puede tanto!....
—¿No pensáis así Wazires?....
preguntó á sus cortesanos
y éstos haciendo zalemas
de respeto, contestaron:
—Tú lo has dicho, gran emir
«¡el hombre no puede tanto!».....
Un anciano solamente,
á los demás no imitando,
miró al emir y á Toledo
y no despegó sus labios.
—¿Nada dices tú, ben-Zaid?
pregunta el rey al anciano:
—Juzgo, Señor—contestó,
—que fuera costoso y largo
conquistar nuestra ciudad
mas no imposible lograrlo.
—¿De qué modo?—Sus campiñas
y linderos entalando
seis años consecutivos
y privada así de abastos.....
—¡Calla! ¡calla!—saltó el rey
de improviso recordando
que estaba Alfonso con ellos
y añadió—¡si habrá escuchado!....
Veinte alfanges damasquinos
á tal sospecha brillaron
cual si mágico resorte
moviera los veinte brazos;
—¿qué intentais?—rugió el emir
conteniendo á sus privados:
—¡Envainad esos aceros,
ó por el Profeta Santo
solo yo, os mato á los veinte
como asesinos villanos!
Todos á la voz del rey
el golpe mortal pararon;
mas uno de traza fiera
al emir contesta osado,
empuñado el corvo alfange:
—¿Olvidas, Señor, acaso,
cuán funesto puede ser
del huesped el sueño falso?....
—¡Prúebame que el sueño finge,
y sin vacilar le mato!....
—Mi corazon me revela.....
—¡Tu corazon, está odiando!
¡y basta ya, ben-Ferax,

que si en calma te he escuchado
agradécelo á tus canas
mas no abuses de tus años!

—¡Tu esclavo soy, gran emir;
pero escucha este presagio
que tú no veras cumplido
y se acerca á grandes pasos!
Y encarándose á Toledo
dijo cual voz de lo alto:

«¡Guay de la fuerte matrona
que la prudencia olvidando,
á venenosa serpiente
dá calor en su regazo.....
¡Toledo! pronto tus hijos
veras, en llanto anegados,
mendigando extraño asilo
ó siendo en tu seno esclavos;
y verás escombros hechos
alminares y palacios
y en tus sagradas mezquitas
al *Nazareno* adorado,
y en tu portentoso alcázar,
cuna de tus soberanos,
verás á tus opresores
tus cadenas fabricando!»

—Dijo: y en sus negros ojos
que cubrió con ambas manos,
en lágrimas, sus destellos,
al dolor se liquidaron.

¡Honda pena en los Wazires
causó el lamento inspirado,
y el emir de los creyentes
triste oyó el fatal presagio!

Mas á su pesar mintiendo
tranquila sonrisa el lábio,
tendió su vista al proscrito
y despues de gran espacio,
dijo:—¿Veis?.... ¡tranquilo duerme!....

su aliento apacible y blando
y el candor de su sonrisa,
no las finge vil engaño.

Y luego cual temeroso
de la fé de sus privados:

—¡Levanta, Alfonso le grita
—es hora de que partamos!....

A la voz, como dormido,
indeciso y consultando
con atónita mirada,
el sitio, el cielo, y el campo,
se levanta el caballero,

dando de su porte sandio
mil excusas, que el emir
cortó con estrecho abrazo.
Y á la ciudad se volvieron
ambos reyes platicando
seguidos de los Wazires
que marchaban cabizbajos.

II.

Tres meses han trascurrido
desde la escena pasada.
En un salon arabesco
que mansion de génios y hadas
parece, mas que vivienda
para mortales labrada,
sobre mullidos cojines
de ricas telas de Arabia,
sentado está don Alfonso,
segun la morisca usanza.
Pensando está en su infortunio
y suspira por la pátria
y por el brillo del trono
que Sancho le arrebatára.

¿Qué vale que en el destierro
un generoso monarca
le regale sus palacios,
sus tesoros, sus alhajas,
si el esplendor con que brilla
viene de otra luminaria?....

¡Vivir en ócio forzado
él que soñó mil batallas
lides mil, grandes conquistas
que su nombre eternizaran!....

¡Morir quizá en el destierro
sin dejar gloriosa fama
—¡imposible!—piensa él,
¡no me diera Dios tal alma!....

Levántase y agitado
se pasea por la estancia,
derramando de sus ojos
el brillo de la esperanza.
Poco despues oye pasos;
suenan luego tres palmadas
tras un espejo de acero
que oculta una puerta falsa.

—¡Es el conde!—dice y abre
haciendo girar la plancha.
Entra entonces su privado,
un sugeto le acompaña,

que en su porte y continente
revela su alta prosapia.

—¡Vive Dios! exclama Alfonso,
¿vos por aquí, Garcí Arias?....

—A ser, señor, el primero
que postrado á vuestras plantas
señor y rey os aclame
como Castilla os proclama.

—¡Castilla me aclama rey!
¿Y mi hermano?

—¡Muerte airada
dióle un traidor en Zamora
que Bellido Dolfos llaman!

—¡Mi hermano!.... ¡poder de Dios!

¡nadie á tu justicia escapa!
¡Dispuesto estoy á partir
quiero ver pronto mi pátria!....

—Partiremos en secreto
sin que Mamum.....

—¡Conde!.... ¡basta!

—¿Has podido presumir
Ansuez que tal infamia
cometiera con un padre
que Dios me dió en la desgracia?

—¡Dichoso yo que te escucho!
¡Aláh premie tus palabras!
Dijo Mamum penetrando

por la puerta reservada.

—¡No te admires; he sabido
cuanto sucede en tu pátria,
y tenia ya ordenado,
que si mi amistad burlabas
intentando una evasion,
sin vacilar te mataran!....

¡Corazon tienes muy grande,
tú serás un gran monarca!

Marcha, pues, á las Castillas;
mas antes que allá te vayas,
solo dos cosas te pido:

tu amistad y tu alianza
para mi heredero Hescham.

—¡Las tienes aseguradas!
—Pues abrázame y Aláh
tu reinado feliz haga.

Guardó Alfonso agradecido
su amistad y su alianza;
y muertos Mamum y Hescham
siendo emir el torpe Yahaga
Alfonso el Conquistador,
el invicto en mil batallas,
con la toma de Toledo
inmortal hizo su fama.

P. V.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, bajo.



La prision de Quevedo.

(ROMANCE HISTÓRICO TRADICIONAL.)

(1639.)

I.

De San Felipe en las gradas
se nota gran movimiento,
entre la turba de ociosos
que allí malgastan el tiempo.
Los estirados hidalgos,
nunca á trabajar dispuestos,
aunque de noche se comen
el almidon de los cuellos,
á los que grandes se llaman,

y á veces lo son de cuerpo
no más, haciéndoles coro
repiten con mil estremos
la gracia de un desatino,
ó el entono de un bostezo.
No faltan allí escritores,
ambulantes esqueletos,
que la ocasion acechando
de desenvainar sus versos,
aunque de números se hable
dicen que vienen á cuento,

y un largo romance leen,
ó recitan un soneto
que aunque preñado de soles
y reventando en luceros,
es mas frio que Diciembre
y mas oscuro que un negro.

Tambien se ven comediantes
como vivas estafetas
de chismecillos diversos,
y al hablar de la comedia
mas reciente de Moreto,
los víctores atribuyen
á sus cortes y remiendos
que hay muchos cómicos sastres
remendones de lo nuevo.

Hay algun fraile que escucha
en los corrillos diversos
sin desmentir á ninguno,
sin aplaudir indiscreto;
y aquí toma una limosna,
allá una cita á un almuerzo,
y acullá en rapé esquisito
sepulta tan bien los dedos
que solo en la caja queda
el polvo exterior al dueño.
Y no falta entre los grupos
alguno que escucha atento,
y mas que ninguno charla
con sin igual desenfreno,
ya para ocultar su oficio
con prudente fingimiento,
ya para poner á muchos
ocasiones de tropiezo.

Allí del Rey se comentan
los públicos devaneos,
y si los públicos faltan
se improvisan los secretos.

Allí esplican de la guerra
los desgraciados sucesos,
barbilampiños galanes
que tienen vírgen su acero.
Del mercader que hay enfrente
se elogian los ricos géneros,
y diz que su suerte estiran
las manos mas que el ingenio.

De los maridos que pasan
corren chistes tan cubiertos,
que la alusion siempre queda
por bajo de los sombreros.

Si cruza devota á misa
doña Leonor, viene á cuento
decir que es muy mas devota
de uno ni santo, ni bueno;
si á doña Juana su dueña
guarda con severo gesto,
se dice que lleva ayuda
para forjar embelecos,
y así de todo y de todos
con sal, pimienta ó veneno,
sazonan si hacen ó no hacen,
si son ó no, y sin misterio
pisan, huellan y desgarran
honras y merecimientos.

Es Diciembre, dia siete:
el sol en su capa envuelto
de cierta nube plomiza
camina al otro hemisferio.

De San Felipe en las gradas
el frio hiela el aliento,
mas no por eso las dejan
los ociosos, que con fuego
de una sátira se ocupan,
política por supuesto,
de intencion tan aguzada,
de agravio tan descubierto,
ó de verdad tan desnuda,
y tan picante concepto
que es mucho lo que se aplaude
y se comenta en estremo.

Oculto el autor su nombre
y da incentivo el secreto,
para que se empeñen todos
en descubrirle indiscretos.
La ocasion aprovechando
de lucir su pobre ingenio,
ó tal vez dando á la envidia
al par desahogo y cebo,
cierto escritorcillo enjuto
de carnes, alto y con ceño
así dice: Es harto extraño
que nadie descorra un velo
que de transparente gasa
me produce á mí el efecto.
Bien al autor de la sátira
descubren sus propios versos.
Que es del gobierno enemigo
no hay que dudarlo; que es viejo
tampoco, pues su malicia
no es propia de años muy tiernos.

Traslúcese que es jocoso
 á veces, y á veces serio,
 haciéndole un tanto oscuro
 su fecundo atrevimiento.
 A vivir Villamediana
 marcárale con el dedo,
 que en sátiras atrevidas
 ninguno le fué más lejos;
 mas faltando Vera Tasis
 solo un poeta tenemos
 que en la intencion le va cerca
 si no en el atrevimiento.
 Mira detrás de cristales
 y aunque vé poco de lejos
 vé mucho, pues mucho mira
 y de cerca; anda con tiento
 que aunque rara vez tropieza,
 de un pié cojea en extremo.
 Achaques tiene, y..... he dicho,
 que hablar mas no fuera cuerdo.
 La envidia, que llevó al coro
 ciertos poetas pigmeos,
 hizo la alusion tan clara
 que todos al mismo tiempo
 cierto nombre pronunciaron
 con risas de tal efecto,
 que á los muy pocos instantes
 para nadie era un misterio,
 y andaba en boca de todos
 don Francisco de Quevedo.

II.

Es de noche: en cierta casa
 de un principal caballero
 del hábito de Santiago,
 se refieren los sucesos
 de la tarde, y los escucha
 el poeta á cuyo ingenio
 la sátira se atribuye.
 Con alabanzas sin cuento
 le abruma, y aunque protesta
 que no son suyos los versos,
 al notar que en sus palabras
 no hay burlas ni fingimiento,
 hácia la puerta dirige
 con prisa sus pasos trémulos.
 —¿A dónde vais? — A espatriarme.
 Hijos postizos dan esto,

que aquel á quien se los cuelgan
 purga pecados ajenos.

— No temáis. — Sé de Olivares
 que ha de tener gran contento
 en ponerme unos corchetes
 que es como echarme á los perros.

— No sabrá lo que se dice.

— Sabrá mas de lo que quiero
 que tiene grandes orejas,
 y de oidores callejeros
 cuadrilla alquilada que oye
 crecer la yerba y el pelo.

—¿Qué ha de hacer con vos la curia
 la ley guardando? — Pues eso,
 guardarme y guardar lo mio.

— Os soltarian. — Lo creo.

Son como las sanguijuelas,
 que chupan y sueltan luego.

Oyese un aldabonazo
 en la puerta, y el reflejo
 de linternas en la calle
 se deja observar. Quevedo
 suspira, y con mucha flema
 se vuelve á ocupar su asiento.

—Resistamos. — Es inútil,
 y ¡qué mas quisieran ellos
 que hacer mas grande la causa
 de comer! — Al poco tiempo
 entra don Francisco Robles
 con grande acompañamiento
 de alguaciles, y así dice:

Perdonadme caballeros
 si os interrumpo. Al instante
 concluyo. Vengo á prenderos,
 don Francisco, vuestras coplas
 os ponen en este aprieto.

— Decid las coplas ajenas;

Dios le perdone al coplero,
 que estará muerto de risa
 contemplando vuestro acierto.

¿En dónde me alojan gratis?

— En Leon; en el convento
 Real de San Márcos. — La pesca
 debe conservarse en fresco.

¡Buen país! Como á una avispa
 me llevan á un avispero.

¡Buen sitio! Y por que me cuelgan
 lo que ni como ni bebo

voy á San Márcos. ¡Buen santo!

Que es abogado de aquellos

que corren y son corridos
y sirven para tinteros.
Vamos á hacer penitencia
que viene bien al suceso.
Me hareis gracia que la capa
tome de paso. — Os la niego
bien á mi pesar. Es fuerza
que os conduzcan al momento.

—El que toma capa escapa
habrán dicho, mas yo creo
que están conmigo harto frios
y harto quemados á un tiempo.
Tan siquiera una camisa
en una tienda me tengo
que tomar..... —Llevais la puesta.
No es posible detenernos.

—¿Tambien sucio? Si mas pido
me van á hacer ir en cueros.

— Abajo está la litera.

— Si la quitais el acento
no bajo, que ya las letras
desconozco y aborrezco
como los chicos. Con sangre
diz que entran, yo soy ya viejo,
tengo sesenta y un años,
cómo entraran no me acuerdo,
mas sí de que ahora me salen
como las bubas, doliendo.
Podeis decir á Olivares

que mi camisa le dejo
con el fin de que se acuerde
que no permitió á Quevedo
mudarse, y de que él se mude
que hace buena falta al Reino.
Vamos allá, cuando gusten.
Buenas noches caballeros.

Duró la prision bastante
al poeta: estuvo enfermo;
salió pobre y achacoso,
y así vivió y murió presto.
Un dia entre los papeles
de cierto fraile travieso,
el borrador de la sátira
vino á aclarar el misterio,
y entonces la corte supo
que injustamente fué preso
por culpas que no eran suyas
el poeta madrileño.
De San Felipe en las gradas
se comentó este suceso,
cuando caido Olivares
á Loeches iba en Enero,
y hubo algun chusco que dijo
tal vez con picante intento,
que el conde-duque llevaba
la camisa de Quevedo.

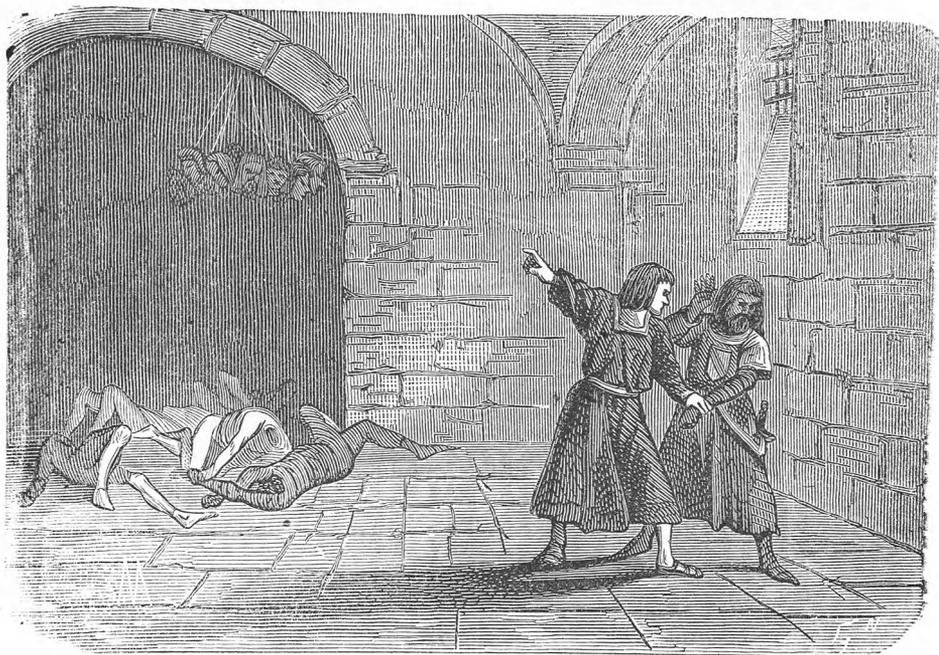
J. R.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, bajo.



La campana de Huesca.

(ROMANCE HISTÓRICO TRADICIONAL.)

(1136.)

I.

En una estancia espaciosa
del palacio real de Huesca,
doña Inés de Poitiers,
entre agitada y suspensa
con don Pedro de Tizon
platica de esta manera.
—Dejaos de vanas frases
conde, y hablad con franqueza.
A las Córtes convocadas
por el rey, mi esposo, es fuerza
que como noble y privado
de su consejo asistierais,
y cuanto en ellas ocurra

mucho saber me interesa.
—Pues bien; ya que lo quereis
os hablaré sin reserva.
Al entrar el rey ya estaba
toda la noble asamblea
en el salon reunida,
y al verle, voces diversas
con murmullo irreverente
acogieron su presencia.
Unos decian; «miradle,
qué figura tan grotesca:
la rueca mejor que el cetro
debiera empuñar su diestra:»
y otros; del *Batallador*
no tiene sangre en las venas:
un rey *monge*..... un rey *cogulla*.....

—Basta— interrumpe la reina, en vos tan torpes palabras mal, aun repetidas, suenan. Quien eco se hace de injurias despreciables las aumenta.

—Pues bien, prosigo señora. Cuando al fin en la asamblea se restableció el silencio, don Ramiro con serena voz, espuso las razones que á reunir la le movieran. Espuso que don Alfonso de Castilla las fronteras asuela, mientras los nobles en fraticidas contiendas hasta con los enemigos de la patria se conciertan, negando auxilio, traidores, al rey que ellos eligieran arrancándole del claustro en que vivia, á la fuerza. A tal punto, un atrevido exclamó con insolencia; que ya no infundé respeto en esta época de guerras un rey *monge*, y que está pronta la mitad de la nobleza á retractar de la fé y homenaje que le hiciera. Al oírle don Ramiro, en pié, y con cólera ciega, airado exclamó; «decidme: si mi poder no respetan los nobles, ¿á cuál se atienen?» Y él le dijo—«Al que les prestan Dios y su espada.»—Está bien, repuso el rey: no me resta mas que oír; pero presente tened, que la ambicion vuestra presto os llevará á la tumba, y hará que sonada sea vuestra muerte, tanto, tanto, cual la vibracion tremenda de una *campana*, que oírse en todo Aragon pudiera.

—¡Eso dijo? exclamó, al conde interrumpiendo la reina.

—Si señora, y vuestro esposo quizá la corona juega al proferir tales frases

rompiendo con la nobleza.

—¡Tan grave es su situacion?

—Tanto, que llevar me ordena un mensaje al sabio Abad de San Ponce, en las Tomeras, pidiéndole sus consejos en situacion tan estrema.

—Pues partid al punto—esclama doña Inés.

—Antes quisiera que lo que ha un año os declaran mis ojos diga mi lengua. Yo os amo, y no lo ignorais señora, por que esta hoguera que encendisteis en mi pecho hasta mis pupilas quema. No como hasta aquí inhumana y con fria indiferencia me acojais: si hoy á mi amor correspondéis, la tormenta conjuraré que amenaza al trono.....

—Tened la lengua;

—interrumpe doña Inés:— si hasta hoy con fria reserva miré vuestros galanteos, desde este punto me es fuerza con el desprecio mirarlos que merece su insolencia.

—Sé que al conde de Atarés amais, señora.

—¡Tal mengua, vos conde de Monteagudo, suponeis en vuestra reina? ¡Salid! tan torpes palabras no merecen mas respuesta. Y estendiendo con desden su régia mano á la puerta, vió al de Tizon doña Inés salir, en el rostro impresas del despecho y la venganza las aterradoras huellas.

II.

El rey Ramiro segundo en una apartada estancia de palacio, con el conde de Monteagudo se halla,

y de este modo con ceño le dice. ¿Diste mi carta á Fray Frotardo en persona?

—Si señor, y sin tardanza al jardín del Monasterio hizo que con él bajara.

Allí, sin darme respuesta al mensaje, con estraña espresion, tomó al azar del suelo una recia vara y con ella los mas altos arbustos, flores y ramas, fué cortando y abatiendo en silencio y con gran calma. Despues volviöse, y me dijo:

«participale al Monarca que esta sola es la respuesta que doy por ahora á su carta.»

—¡Misterioso, dice el rey, está el Abad; y me estraña que habiéndome prometido de su esperiencia y sus canas los consejos, aquel dia en que para mi desgracia abandoné el Monasterio, no dé respuesta mas clara!

—Yo, si me lo permitis me prometo descifrarla;

—dice don Pedro Tizon. — Y el rey le replica—habla.

—Pues bien, señor; del Abad las maneras enigmáticas claramente os aconsejan que las cabezas mas altas de los nobles, si es preciso, hagais caer sin tardanza.

—No es posible—dice el rey— empresa tan temeraria.

—Pues yo—añade Monteagudo— os prometo realizarla.

Además á aconsejaros me atrevo, que si la calma deseais, al de Atarés mandeis prender por que fragua vuestra ruina y deshonor.

—¡Que oigo! don Ramiro esclama.

—Sabeis señor, que Atarés, aunque de sangre bastarda, es vuestro primo y codicia la dignidad Soberana

apoyándose en los nobles que contra vos se levantan; mas lo que ignorais sin duda es que á la más alta dama de la Côte, á vuestra esposa galantea y.....

—Tú me engañas, le interrumpe el rey.

—Yo os juro, replica el traidor con calma, por mi honor y mi conciencia, que son ciertas mis palabras.

—Pues bien—dice don Ramiro— al conde de Atarés manda prender, y á los conjurados haz castigar sin tardanza. Y murmurando entre dientes, «yo averiguaré»..... la estancia abandona, dirigiéndose de doña Inés á la cámara, mientras Tizon presuroso corre á saciar su venganza.

III.

A la incierta luz que filtra la alta bóveda formada por varios arcos que cruzan una estancia subterránea del palacio, un espectáculo se vé que de horror espanta.

El húmedo pavimento salpican rojizas manchas de sangre, que aun tibia humea en torno de quince humanas y fatídicas cabezas en círculo colocadas.

De los piés en una argolla que en la bóveda se halla penden otros tantos cuerpos en forma de una *campana*. Cae la sangre que destilan en las cabezas cortadas, como bautismo de muerte ó cual infecunda sávia.

De pronto el silencio lúgubre de la estancia funeraria el chirrido de una puerta interrumpe, y destacadas

en la luz, véñse dos sombras
avanzar con torpe planta.
El rey Ramiro segundo
de Aragon, es la mas alta,
y la otra su privado
Tizon, que la ensangrentada
escena mostrando; dice.
«Señor, ya está la *campana*
que deseabais fundida.
En ella junté con maña
los metales mas preciados
de las familias mas altas.
Lunas, Luecia, Atrovillo,
Azlor, Fontova, Lizana,
Peña, Coronel, Vidaurre
y las no menos preclaras
de Facas y Vergua, dieron
para ella mezcla sin tasa.
Ahora bien, señor ¿creeis
que esta famosa *campana*
vibrará bien y el sonido
podrá oirse en toda España?
—No; replicó el rey.

—¿Por qué
señor?

—¿No observas le falta
el badajo?

—Es cierto, el conde
replica, mas acabarla
es bien fácil: la cabeza
del de Atarés esa falta
remediará.

—No, traidor,
el rey iracundo esclama:

la tuya propia estoy cierto
que una vibracion más clara
producirá y más sonora
cual fiel pregon de tu infamia.
—¿Qué decis, señor?

—Silencio:

todo lo sé: ambicionabas
al par que en tus enemigos
tomar sangrienta venganza
fraguar mi propia deshonra:
mas Dios hizo viesse clara,
aunque tarde, la razon
de tu conducta villana.
De ellos me vengaste tú,
aun más de lo que anhelaba,
ahora es justo que á la vez
tomemos de tí venganza.»
Y haciendo una seña, al punto
al de Monteagudo amarra
el verdugo, y al suplicio
le conduce sin tardanza.
El rey entonces añade;
«comienza ya la *campana*
á vibrar: á su sonido
huya por siempre la infamia.
Ya estás, esposa querida,
cual es justo vindicada,
y libre al fin de traidores
nuestra desgraciada patria!»—

Tal fin suelen alcanzar
las ambiciones bastardas;
ténganlo siempre, aun á costa
de otra segunda *campana*.

F. S.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1872.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, bajo.



El Ave-Maria.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1491.)

I.

Tras siete siglos de guerra
en que con noble pujanza
lidiaron nuestros abuelos
por reconquistar á España;
tras el esfuerzo gigante
con que la cruz sacrosanta
hizo menguar los fulgores

de la luna musulmana,
y al baldon del Guadalete
sirvieron de represalias
los lauros inmarcesibles
del Salado y de las Navas;
para terminar la lucha
y á las costas africanas
lanzar los escasos restos
que aun avergüenzan su patria,
unidos los españoles

en fraternal alianza
bajo los reyes católicos,
pusieron cerco á Granada.

Triste debió ser el día
en que, al despuntar el alba,
dorando con sus colores
la enhiesta Sierra Nevada,
al tender Boabdil la vista
sobre la vega lozana
desde un ajimez calado
de las torres de la Alhambra,
miró su estension cubierta
por las huestes castellanas,
cuyos pendones mecía
el aliento de las auras.
Si en aquel terrible instante
le permitieron sus lágrimas
reconocer los blasones
que el sol naciente alumbraba;
si vió en el campo enemigo,
rodeando á los Monarcas,
tantos guerreros ilustres
por sus recientes hazañas,
lleno el pecho de entusiasmo,
de fé rebosando el alma,
dispuestos á dar la vida
por su Dios y por su patria;
y si contempló que en torno
de su bandera eclipsada
solo habia un corto número
que los ódios destrozaban,
pudo medir su destino
con exactitud amarga,
y los duelos de *Padul*
vislumbrar en lontananza.

Pero ante el riesgo inminente
con que el cristiano amenaza
el último baluarte
de su moribunda raza,
pidiendo su fuerza al miedo
y al fanatismo sus armas,
apréstase á defenderle
ó á morir en la demanda.
A las brillantes marlotas
suceden fuertes corazas;
eriza mortal acero
el extremo de las cañas,
suena el clarín, y los brazos
que en la voluptuosa danza
sostenian la cintura

de las huries gallardas,
llamados por sus acentos
á otras empresas mas árduas,
ora rigen un caballo,
ora esgrimen una lanza.
Testigos de mil proezas
las puertas y las murallas
donde lidian de continuo
sin dar reposo á la espada,
ya ven el trabajo inútil
de sorpresas y algaradas
que el campamento cristiano
tienen en perpétua alarma;
ya de su voraz incendio
se enrojecen con las llamas,
perdiendo ante *Santa Fé*
sus postreras esperanzas;
ó ya del famoso Alcaide,
vástago de ilustre casa,
que al frente de los donceles
el Genil y el Darro tala,
presencian á cada instante
las inauditas hazañas,
mirando cierta la ruina
que su esfuerzo les prepara.
Todo es temor y agonía,
todo son quejas y lágrimas,
ayes de viudas y huérfanos,
miseria, discordia y rabia;
pero en medio de los males
con que el destino avasalla
del nazarita Alhamar
á la ciudad ponderada,
todavía otros mayores
en la sombra le amenazan:
todavía el porvenir
nuevos dolores le guarda.

II.

Despliega en el firmamento
la oscura noche sus gasas,
y el sol oculta su lumbre
por detrás de las montañas.
Reina silencio profundo
en las calles de Granada,
solas como los confines
de maldecida comarca,

y sus tristes moradores
en recónditas estancias,
unos lloran sus pesares,
otros de lidiar descansan.

Por una estrecha calleja
lóbrega y abandonada
que bajo un arco sencillo
desemboca en Bibarrambla,
marchando con lento paso
un caballero se alcanza,
mas que por verle los ojos
por el ruido de sus mallas.
Envuelto en albornoz pardo,
sin plumas, joyas, ni galas
que hagan destacar su aspecto
de la sombra de las casas,
con tal misterio camina
y tanto el cuerpo recata,
que hace dudar si es un hombre
ó algun errante fantasma.
De pronto hiende los aires
del *muezzin* la voz sagrada
que en el alto minarete
dirige á Dios su plegaria,
y al mismo tiempo se escucha,
conducido por las ráfagas,
el toque de la oracion
que de Santa Fé se escapa.
Al oírle el caballero
detiene el curso á su planta,
hinca la rodilla en tierra,
descubre la frente hidalga,
y sin cuidarse del riesgo
á que le espone su audacia,
lleno de fé religiosa
dice en lengua castellana:
—«Dios te salve, Virgen madre,
»llena de pureza y gracia;
»el Señor está contigo
»y en tu hermosura se ufana.
»Bendita entre las mujeres:
»bendito el ser de alianza
»que por redimir al mundo
»abrigaste en tus entrañas.
»Yo te suplico, Señora,
»que intercedas por mis faltas
»cerca de tu único hijo
»fuente de toda esperanza,
»y des aliento á mi pecho
»para dejar acabada

»esta empresa que dedico
»á tu gloria soberana.»—

Terminada la oracion
y vuelta á seguir su marcha
en las profundas tinieblas
que ya la noche derrama,
cruzando distintas calles
llegó por fin á una plaza
donde su negra silueta
una mezquita levanta.
Un rollo de pergamino
sacó, que oculto llevaba,
estendióle cuidadoso,
desnudo luciente daga,
y con vigoroso golpe
que retumba en lontananza
sobre la puerta del templo
cartel y puñal enclava.
Hiriendo luego en la piedra
con el pomo de la espada,
una antorcha resinosa
prende en el fuego que salta;
agítala sin descanso,
por una estrecha ventana
la arroja en el interior
que pronto inundan las llamas,
y dominando el rugido
de aquel incendio que estalla,
sobre las gradas del pórtico
con voz estentórea exclama.
—«Granadinos, llegó el día
»en que humille con su planta
»á vuestro falso Mahoma
»la Virgen inmaculada.
»En esta impía mezquita
»su santo nombre proclama
»Hernan Perez del Pulgar
»que desprecia vuestras armas;
»y para que no le falten
»festejos y luminarias,
»ardiendo estan los altares
»de la impiedad musulmana.»—
Dice, y antes de que acuda
la multitud espantada
que sus voces y el incendio
de brazos del sueño arrancan,
siguiendo el curso del rio
se dirige á la muralla,
y por pasaje ignorado
el campo cristiano gana.

III.

A la quietud y el silencio que en la poblacion reinaban, sucede en cortos instantes la mas espantosa alarma. Suena el rebato, se ajitan centinelas y avanzadas creyendo que el enemigo al asalto se adelanta. Ocúltanse las mujeres, los hombres piden venganza, la muchedumbre á torrentes por las calles se derrama; hasta que la luz rojiza que del incendio se escapa sirve de guía á sus pasos y la realidad declara.

Amenazador murmullo entre el pueblo se levanta, viendo la insignia piadosa en la mezquita clavada, y ya los mas atrevidos se acercan á profanarla, cuando su furor contiene de un caudillo la llegada.

Es Tarfe, el terrible Tarfe, cuya poderosa lanza maldicen viudas y huérfanos en las ciudades cristianas; con el regaton de hierro el santo cartel arranca, á la cola del caballo le suspende para infamia, y aumentando el regocijo que á los infieles embriaga con el fuego del orgullo

les dirige estas palabras.

—«No es valiente el que en la noche
»á la traicion se prepara,
»ni es triunfo el que poco dura
»y con ignominia acaba.
»Mañana á la luz del dia
»veran las huestes cristianas
»la vergüenza que á sus ídolos
»ocasiona esta jornada,
»y si alguien quiere impedir
»la afrenta que les aguarda,
»toda su sangre os prometo
»para apagar esas llamas.»—
¡Bravura inútil! Ya Dios tiene las horas contadas de aquel pueblo y de aquel hombre que á su poder amenazan; y para hacer mas visible su proteccion á la causa que en la márgen del Auseva libró su primer batalla, al nunca vencido Tarfe y á su fuerte cimitarra un *muchacho* Garcilaso en la Vega les aguarda. El brazo de aquel imberbe domó del moro la audacia, rescatando el santo emblema de María inmaculada, y por dar feliz suceso á la empresa comenzada por Hernando del Pulgar, llamado *el de las hazañas*, desde aquel dichoso dia que hizo perpétua su fama, Garcilaso de la Vega se le apellida en España.

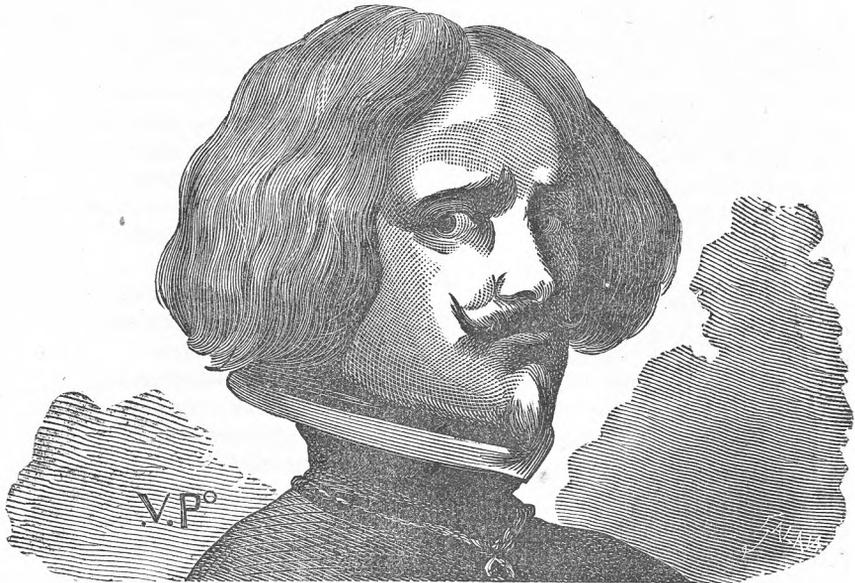
L. V. y D.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1872.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, bajo.



El mejor premio del Arte.

(ROMANCE TRADICIONAL.)

A Madrid desde Sevilla
camina á cortas jornadas
gallardo mancebo, henchido
de risueñas esperanzas.
Lleva por únicos bienes
una mujer que idolatra,
dos niñas de su amor prendas,
ardor que á luchar le inflama,
los consejos de un anciano
pintor y sus enseñanzas,
noble ambicion en su mente,
recomendatorias cartas
para Olivares, ministro
ante el cual se inclina España,
la bendicion de su padre
y en su pecho fé cristiana.
Poco los años le pesan,
mucho la ambicion le arrastra.....

él logrará la victoria
y honra será de su patria,
porque sabe que los triunfos
luchando con fé se alcanzan
y el Arte guarda coronas
para quien sabe ganarlas.

I.

(1623.)

Enfrente de San Felipe
curiosos grupos se paran,
á contemplar en pintura
las facciones del monarca.
El lienzo en que está su efigie,
más que fingida animada,

obra es de un pintor oscuro
que en él cimienta su fama.
Y á fé que quien tales muestras
da de sí en edad temprana,
harto su valor denuncia,
que es empresa temeraria
hollar por la vez primera
una senda nunca hollada.
Quién, al mirar el retrato,
mudo admira su gallarda
ejecucion; quién prorrumpe
en elogios y alabanzas;
quién, á su paso siguiendo
su costumbre involuntaria,
se descubre con respeto
creyendo ver al monarca.
Unos recuerdan los triunfos
de los pintores de fama
y á Blas de Prado y Pantoja
quieren conceder la palma;
pero sus voces se pierden
y sus razones se apagan
ante el general murmullo
que contra ellos se levanta.
Circula de boca en boca
un nombre y entre alabanzas
por do quiera lo repite
la muchedumbre entusiasta.
No muy distantes del grupo
en que á Velazquez se ensalza,
otro mas pequeño forman,
siguiendo animada plática,
el Duque del Infantado,
Caltel Rodrigo y Saldaña,
con los Carpios, los Ucedas,
los Castillas y los Vargas.
Nobles por sus ascendientes
y por sus propias hazañas,
casan la adquirida gloria
con otra gloria heredada;
pero nadie al escucharles
su linage adivinara,
que artísticas discusiones
mal con la nobleza casan.
—A fé mia, dice Uceda,
que es empresa temeraria
dar en tierra en un momento
con reputaciones altas.
¿Quién pintará en lo futuro
los retratos del monarca?

— Quien así empieza, replica
Caltel Rodrigo, sobrada
inteligencia denuncia
y condiciones señala.
Si otros pintores no saben
hacer mas, dejen su plaza
á quien de niño les lleva
tan innegables ventajas.
Mozo es Velazquez; sus obras
bien su mocedad retratan,
y los primores del genio
no logra quien peina canas.
Ya el rey le buscó accondo
y habitacion en su casa,
y el Conde-Duque pretende
que su persona *gallarda*
legue al porvenir el mozo
para asombro de la patria.
—Ardua es la empresa, replica
burlonamente Saldaña,
que si es objeto del Arte
fijar la belleza humana,
ha de sudar el mancebo
para embellecer su espalda.
—¡Imprudente!, le interrumpe
uno que á su lado pasa:
criticad en hora buena
las corcovas literarias;
mas dejad á los ministros
las suyas altas ó bajas.
Que es hombre además Velazquez!
tan capaz de poetizarlas,
que asombren en lo futuro
de D. Gaspar las espaldas.
—¿No sabeis el privilegio
que ha concedido el monarca
al sevillano?, pregunta
Giron.
—No sabemos nada.
—Pues imitando el ejemplo
de Alejandro, que hizo gracia
á su pintor de que él solo
fuese quien le retratara,
mandará que se recojan
sus efigies soberanas.....
y lo que en Grecia fué Apeles
Velazquez será en España.
—Hizo en ello el soberano
justicia mas bien que gracia;
pero ¿es cierto?

—Lo asegura
quien ha inclinado al monarca
á la merced.

—¿El ministro?

—El mismo que viste y calza.
—Prenda es de arrepentimiento.
—Dios le ha tocado en el alma.
—De seguro va á morir-se.
—¡Tal pienso yo, y se prepara
para cuando sus acciones
pese Dios en la balanza,
haciendo una cosa buena
á cuenta de muchas malas!

Así ocupaba á la Côte
de Velazquez la llegada;
así logró en breves dias
lo que solo el genio alcanza,
que príncipes y magnates
su voz al pueblo agregaran
para ir tegiendo al artista
la corona de su fama.

II.

(1656.)

Entremos del regio Alcazar
en un lujoso aposento,
que encierra en sí los primores
de la riqueza y del genio.
Entre cortinas de seda,
ricos tapices flamencos,
bajo reliéves y estatuas,
memorias del arte griego,
lienzos manchados, apuntes
que más ó menos ligeros
muestran vigoroso estilo
y de la verdad el sello,
destaca un cuadro que roba
los ojos y el pensamiento,
á la voluntad arrastra
y esclaviza los deseos.
En él su propio retrato
dejó el pintor, sorprendiendo
la verdad en otros tipos
que honran su claro talento.
Describirlos minucioso
fuera temerario empeño:

quien las *Meninas* no ha visto
nunca podrá comprenderlo.
La princesa Margarita
vive, en mengua de los tiempos,
en ese cuadro que el Arte
imita y nunca con éxito.
Los bufones, los enanos,
que en él acusan riendo
con sus deformes facciones
á un rey, un siglo y un pueblo,
viven tambien ocupando
lugar propio en aquel lienzo;
y hay entre aquellas figuras
de ambiente y de luz portentos;
y los encajes se palpan;
brillan joyas y aderezos
y el espectador pregunta
al mirar cuadro tan bello:
¿es ficcion solo del Arte?
¿Es verdad lo que estoy viendo?
Quiero medir la distancia
y un lienzo plano tropiezo;
me aparto y el lienzo busco
y solo el espacio veo.....
Mas, dejando digresiones,
á nuestra historia tornemos
y á la habitacion que vimos
y al cuadro que es nuestro objeto.
Una persona á su lado
lo mira y admira á un tiempo:
otra, en silencio se aparta
varios pasos con respeto.
Es la primera el monarca
que rige el hispano pueblo;
rey, cuya débil cabeza
no puede sufrir el peso
de la maciza corona
que ciñeran sus abuelos,
y poco á poco en pedazos
ve como salta su cetro;
monarca, de cuya vida
fué la Historia juez severo
y al que las Artes alzaron
admirables monumentos,
porque un corazon de artista
sintió latir en su pecho;
sintió animarse en su alma
mil osados pensamientos,
que no tradujo en victorias
sino solamente en versos.

La otra persona es Velazquez:
claro lo denuncia el fuego
de sus ojos, la melena
que en rizos le baja al cuello
y el ondulante bigote
que espontáneamente enhiesto
marca á sus facciones puras
majestad y atrevimiento.

—¡Pardiez! esclama Felipe,
su rostro al pintor volviendo;
siempre he creído, Velazquez,
que son sublimes tus lienzos;
pero en este, a tu buen nombre
pusiste remate y sello.

—Señor.....

—Lástima que el cuadro
de tantas bellezas lleno,
tan rico en todas sus partes,
tenga tambien un defecto.

—Señor, para corregirlo,
siempre me hallará dispuesto;
vuestra Majestad me indique.....

—No tal: corregirlo quiero
yo mismo: así tendré parte
en los aplausos, que luego
tributarán á esta obra
en los siglos venideros.—

Y el rey, tomando en su diestra
el pincel, llegose al lienzo;
el retrato del artista
contempló mudo un momento,

y sobre la negra ropa
pintó con pulso sereno
la cruz roja de Santiago
al lado izquierdo del pecho.
Cayó Velazquez de hinojos,
Felipe le alzó del suelo
y en estas nobles palabras
completó su pensamiento:

—No es merced la que te otorgo
ni justicia que te debo:
es que reparo un olvido
y que corrijo un defecto.
Noble por tu cuna, noble
por la voluntad del cielo,
que en tu mente encendió un día
la sagrada luz del genio,
tú la nobleza encerrabas
en lo interior de tu pecho,
y yo al exterior la saco
porque la aprecien los necios.
Tú la ganas, yo la pinto,
¿cuál hace más y cuál menos?
Tu con mi trabajo ganas
hábito de caballero:
yo gano más, de otros siglos
ganaré aplauso y aprecio;
pues cuando ensalcen tu gloria
dedicarán un recuerdo
al monarca que ha pintado
la cruz roja de ese lienzo.

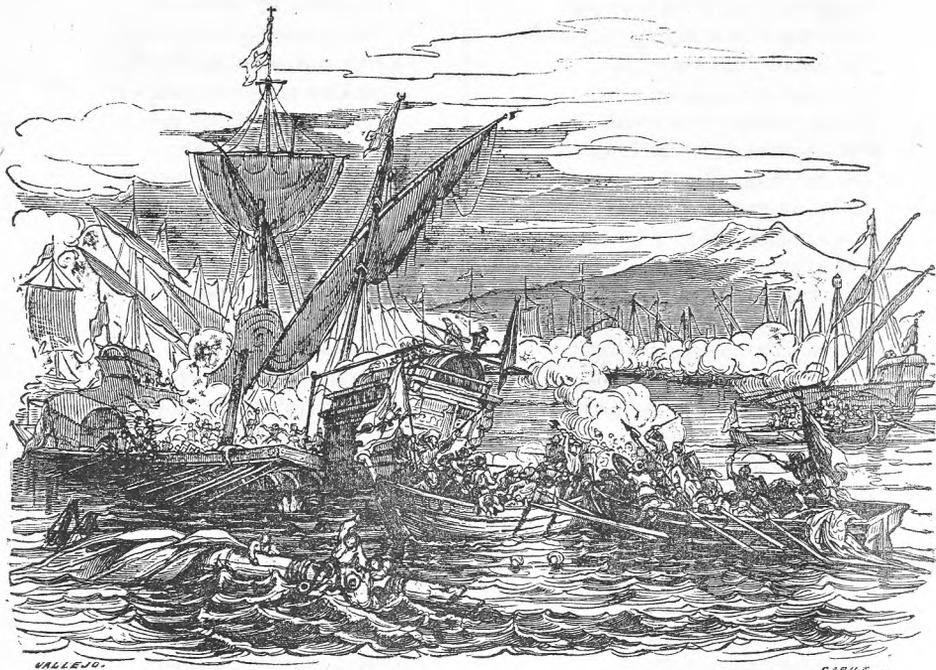
O. y B.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1872.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, bajo.



La victoria de Lepanto.

I.

Sabe el rey de toda España
 que hay otro rey en el cielo,
 y una cruz por homenaje
 en la corona se ha puesto.
 Llena de poder su diestra,
 fuerte su voz como el trueno,
 velando está sobre el mundo
 por legado y no por dueño.
 La nave escogida surca
 un mar de escollos sin puerto,
 y prevenido á abatirla
 blande un rayo el infierno.
¡Llegó el día! En su carrera
 los destinos de dos pueblos,
 como dos mares rivales

empujados á un estrecho,
 frente á frente Europa y Asia,
 dispútanse un hemisferio;
 y para avanzar un paso
 les falta á las dos terreno.
 La luna es que de Bizancio
 vió el occidental imperio,
 como la lívida antorcha
 que sombrea un rostro muerto.
 La fé cristiana sucumbe,
 y el abismo abortó un genio
 para borrar en la tierra
 los pasos de Godofredo.
 Alá es el Dios de los crímenes;
 la virtud y el fin supremo
 esas deidades que llevan
 el paraíso en su cuerpo.
 Despeña sobre la Europa